

REHABILITAR EL SÍMBOLO Y NO SÓLO EL EDIFICIO

La atareada existencia del profesor universitario en estos tiempos recios no pasa sólo por sus obligaciones docentes e investigadoras. A estas se suman múltiples y crecientes cometidos burocráticos clasificados como “actividades de gestión”. Este predominio del pensamiento gerencial y puramente administrativo en la vida universitaria, relacionado con el cálculo de los medios y no con la reflexión sobre los fines, hace que el pensamiento verdaderamente importante, el ejercicio crítico relacionado con la deliberación acerca de los valores y las metas orientadoras de la institución, quede sistemáticamente postergado o relegado a pura frivolidad.

La decisión acerca del nombre que debe llevar el Colegio Universitario de la UCA en una nueva y prometedora etapa de su existencia, tiene que ver con este asunto de los fines y de los valores. No es un problema irrelevante, pues en la denominación escogida se representa lo que la institución aspira a ser, la misión que la alienta y le da sentido. Algunos, apelando a la herencia recibida y a la autoridad otorgada por la tradición, querrán que se conserve el nombre originario, “Beato Diego de Cádiz”. Están en su derecho, pero parecen olvidar que la tradición, como enfatizó uno de sus principales teorizadores, el filósofo Hans Georg Gadamer, se construye y se renueva constantemente a partir de los criterios y de las inquietudes que el presente reconoce como propios.

No parece que los valores encarnados por la figura del Beato Diego José de Cádiz se correspondan con los que una Universidad de nuestro tiempo debe priorizar. Más allá de las virtudes evangélicas y de las cualidades humanas que pueda representar este personaje histórico, los intérpretes más cualificados de su momento (Sarrailh, Herr, Elorza, Herrero) ven en él a uno de los principales fundadores del legado del pensamiento reaccionario español. Enemigo declarado y furibundo de la Ilustración, predicador incendiario contra los valores modernos de la libertad y la igualdad, partidario de clausurar teatros y Sociedades Económicas de Amigos del País, adversario del Asistente Pablo de Olavide, interpretó en clave apocalíptica –como castigo providencial contra la deriva de los tiempos hacia el librepensamiento y la Revolución, la epidemia de fiebre amarilla que asoló la capital gaditana entre 1800 y 1801. Sobre la libertad como conquista moderna, el capuchino sostuvo que “ha sido siempre la raíz y el origen de todas las herejías y aun de todos los pecados, porque desde el punto que el hombre sacude de sus hombros el blando yugo de la ley y que rompe las suaves ligaduras de la subordinación y de la dependencia, no hay maldad en que no incurra ni error en que no se precipite” (citado en Herrero, Javier: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza Universidad, 1988, pp. 145-146).

En un contexto más próximo al nacionalcatolicismo que a la confianza en la democracia, en la secularización y en la libertad intelectual, se podía entender que el Colegio Mayor Universitario fuera bautizado con el nombre del egregio e irascible capuchino. Pero en el siglo XXI y en una ciudad cuyo reconocimiento simbólico busca acercarse con las tradiciones del liberalismo y de la fraternidad cosmopolita, ¿tiene sentido mantener la antigua denominación?; ¿queremos de verdad que la “marca UCA” se identifique con los fines y las aspiraciones connotadas por el nombre del Beato? ¿Se

imagina alguien que una Universidad francesa o italiana bautizase a su residencia oficial con los rótulos de “Joseph de Maistre” o de “Savonarola”?

Señor Rector, tras la rehabilitación del edificio, hay que rehabilitar el símbolo. Es hora de abrir un debate público dentro de la institución para decidir acerca de este asunto. Un nombre nuevo que sugiera afinidades y propósitos más prometedores y refrescantes que los asociados a este próximo del padre Zeballos y del “Filósofo Rancio”.

Francisco Vázquez García
Cándido Martín Fernández
Francisco Piniella Corbacho